

Tolstoi y Trotski

Historia y literatura

Alberto Flores Galindo

Hasta hace algunos años, los historiadores que se preciaban de científicos, estuvieron encandilados por las cifras. No podía existir libro de historia sin series estadísticas, sin correlaciones y sin el trazo preciso de curvas y gráficos.

E. Pugachov, dirigente de la gran rebelión campesina rusa de fines del siglo XVIII.



ce primeros años del siglo XIX presentan en Europa el espectáculo de un movimiento extraordinario de millones de hombres. Todos abandonan sus habituales ocupaciones, van de un lado a otro de Europa, saquean, matan, triunfan y se desesperan; la marcha toda de la vida se modifica durante algunos años y muestra un movimiento que al comienzo es acelerado para debilitarse más tarde. ¿Cuál fue la causa de ese movimiento y qué leyes lo rigieron?, pregunta la razón humana". Desecha la versión corriente entre los historiadores de su tiempo, quienes "...con ingenua convicción, aseguran que las causas fueron: la ofensa inferida al duque de Oldemburgo, la inobservancia del bloqueo continental, la ambición de Napoleón, la firmeza de Alejandro, los errores de los diplomáticos, etc.". La verdadera respuesta tiene que ser colectiva, para entender qué impulsa a hombres de uno y otro bando, de Occidente y Oriente, a recorrer vastos territorios, enfrentarse, "asesinar y ser asesinados". Dentro de esta perspectiva, los llamados "grandes hombres" terminan reducidos a su verdadera escala: especies de "etiquetas" que sirven para bautizar alguna fecha y a la postre, simples instrumentos, verdaderos esclavos de la historia. Crean, como el propio Napoleón, que dirigen la invasión a Rusia, estando más bien arrastrados por los acontecimientos. Ubicados junto a las multitudes, resalta la pequeñez de sus logros: la figura de Napoleón enmarcada por los muertos en Austerlitz o Borodino. Frente al dolor y el sufrimiento de los soldados ¿qué quedó de esas victorias? De manera espontánea emerge en la novela un cuestionamiento de la guerra, una opción pacifista. En este aspecto, Trotski coincidirá con Tolstoi: la comprensión histórica no debía eximir de juicios morales. Ambos se hubieran burlado, a su turno, del erudito que encerrado entre libros y papeles se imaginase por encima de guerra y paz, de revolución o contrarrevolución.

Pero más que el discurso moral, Trotski exaltará la capacidad de Tolstoi para pintar la vida rusa y subrayar la fuerza del espíritu popular, que doblega al zar y sus soldados. La novela resulta tanto del conocimiento como del amor al país y fue "...en ese sentido su mejor obra, aún inigualada" (3). No podía prever Trotski en 1908 —cuando redactó estas líneas— que ese libro sobre la guerra le serviría para entender la revolución.

(1) Al parecer, existiría una traducción hecha por la editorial Taurus de Madrid, que evidentemente no se encuentra en nuestras librerías.

(2) Hay una reedición de este libro realizada en el Perú por la editorial Aloer.

(3) León Trotski, *Sobre arte y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 24.

Un representante de esta obsesión por lo cuantitativo, el historiador francés Le Roy Ladurie, llegó a acuñar una fórmula que pretendiendo compendiar la exigencia metodológica, no era más que un simplismo: sin computadoras no habría historia posible.

Tras el número se escondía, en realidad, el propósito de desenterrar a los acontecimientos irrepetibles y a las acciones individuales de la historia. Volverla impersonal. El tema, entonces, ya no eran los hombres en el tiempo, sino los precios y salarios, el comercio exterior, las fluctuaciones demográficas. Lo cuantitativo ingresó en la vida social con las tasas de sindicalización, los índices de criminalidad... Aquellos otros sectores donde estas técnicas no resultaban fácilmente amoldables —como la historia política y, muchas veces, la historia cultural— terminaban como fronteras de la historia, dejados al entretenimiento o, en todo caso, condenadas a servir como materia prima para trabajos "poco rigurosos".

La reacción no ha tardado. Algunas de las obras más relevantes que ha producido últimamente la historiografía occidental, reivindican la necesidad de comprender esos acontecimientos irrepetibles —por ejemplo, la batalla de Bouvines (1214)—, para insertarlos en la totalidad de un proceso. El origen del desengaño por la fiebre cuantitativa parece encontrarse en la desproporción entre métodos y resultados: la rigurosidad de los primeros no compensaba la trivialidad de las conclusiones. Esto obligó a pensar que ciertos problemas exigen no tanto un cúmulo de referencias, sino más bien calas profundas con el todo y una época puede ser pensada mejor desde una biografía o desde un acontecimiento político, que mediante un conjunto heterogéneo de cifras. Incluso Le Roy Ladurie, alejándose de las computadoras, se ha interesado por un perdido pueblo de los Pirineos y por las desventuras de sus 250 habitantes en el siglo XIV, enfrentados a un inquisidor católico.

A las conclusiones anteriores arribó el historiador italiano Carlo Ginzburg, quien a partir de un oscuro y anónimo molinero italiano de comienzos del siglo XVI, se aproxima a la cosmología de las clases populares y rastrea los cambios y la crisis moral producida por el protestantismo. Ginzburg, al mencionar con ocasión de un reportaje, los libros que le sirvieron de inspiración, incluye la lectura de *La guerra y la paz*.

Aunque no se dispone todavía de una traducción al español del libro de Ginzburg (*Il formaggio e il vermi*) (1) ha llegado a las librerías limeñas una nueva versión de la novela de Tolstoi, traducida por Francisco Alcántara y José Laín Entralgo y editada por Brujuna (Barcelona, 1981). Resulta curioso constatar que los problemas que venimos reseñando

han sido planteados bastante tiempo atrás —hacia 1867—, por León Tolstoi. Le llevó cinco años —dedicados a consultas de memorias, correspondencia y periódicos—, la elaboración de *La guerra y la paz*: la novela pretendía ser un fresco, una visión panorámica de la historia rusa desde 1805 hasta la invasión napoleónica. Precisamente por ser un tema histórico, el autor quiso establecer distingos muy claros con los historiadores, por lo que se vio obligado a redactar un apéndice donde explicó la peculiaridad de una aproximación literaria al pasado.

¿En qué consiste esta especificidad de la novela histórica? Entre otros rasgos, en que el novelista se empeña en comprender a sus personajes, subrayando matices y diferencias, recurriendo al claroscuro

ro y no viendo en ellos simples marionetas que ilustran ideas; para el artista no existe el héroe —el personaje excepcional y suprahistórico— sino únicamente el hombre. Se trata de una vigorosa reacción contra su época, ese siglo XIX romántico que vivía el culto al "gran hombre" en el estilo de Carlyle, pretendiendo subsumir toda la historia en un destino excepcional. En la obra de Tolstoi, Napoleón y Alejandro aparecen confundidos entre una maraña de personajes. La imagen idealizada que tenían del zar, se desmorona sin premeditación cuando Tolstoi lo retrata solo, desorientado, en riesgo de caer prisionero luego de la batalla de Austerlitz, incapaz de conducir a su cabalgadura.

Ver la historia desde diversos ángulos. Orquestar en una

obra las imágenes múltiples de sus personajes. Reconstruir desde dentro el ritmo psicológico de los acontecimientos. Esta perspectiva para enfocar el pasado debió influir decisivamente sobre otro escritor: León Trotski cuando escribe la *Historia de la revolución rusa* (2). Aunque las masas tendrán un rol protagónico en este libro, su autor, a pesar de poseer una formación marxista, no se liberó con la misma facilidad del "culto al gran hombre", como se puede constatar a partir del rol determinante que le asigna a Lenin.

Tolstoi se plantea —en los pasajes históricos de su novela—, el problema de pensar la guerra como un hecho histórico en el cabal sentido de la palabra, es decir, como un acontecimiento de masas. "Los quin-